

## EL GATO NEGRO Y GALATEA

IVANNIA MARÍN FALLAS

Universidad de Costa Rica

### BIOGRAFIA

La narradora Ivannia Victoria Marín Fallas nace en San José, Costa Rica el 11 de marzo de 1991. Es oriunda del pueblo Vuelta de Jorco de Aserrí en dónde crece junto a su familia materna hasta los seis años. A muy temprana edad comienza a relacionarse con autores costarricenses inéditos por medio de las actividades culturales de la Biblioteca Pública Joaquín García Monge. Empieza a escribir formalmente a los dieciséis años cuando descubre el gusto por expresar sus opiniones e inquietudes a través del ensayo. Una vez que ingresa a la educación superior incursiona en el género cuento dentro del cual ha realizado la mayoría de sus creaciones. Actualmente estudia el idioma francés y se encuentra cursando la carrera de Bachillerato y Licenciatura en Filología Clásica en la Universidad de Costa Rica.

Después de tantos años de encierro seguía sin resignarse. Creyó que ya nadie la observaba y que podía pensar libremente sin temor a ser descifrada. Sin embargo, al otro lado de la ventana yo la miraba y me compadecía. Paulatinamente, y sin darse cuenta, se iba dejando llevar por el hechizo de mi bondad felina. Poco a poco, su conciencia del entorno se deshacía en girones que se tragaba el sueño; hasta que lo único que quedó fue un monólogo recurrente queriendo aspirar a diálogo. Ahora, puedo escucharlo todo claramente otra vez vagando en algún lugar entre Thanatos e Hypnos. Sus palabras me fueron llegando ese día como cuento, a través de aquella voz que la mayoría de los seres humanos no saben escuchar. Es ahora ella quien habla nuevamente y yo quien escucha.

¿Por qué no puedo moverme? Ya ha pasado mucho desde la última vez que me sentí humana y he debido acostumbrarme, pero, en mi inconformidad, vuelvo a preguntarte como tantas veces, por qué no puedo moverme.

Desde el momento en que sentí nuevamente un alma atrapada en este cuerpo frío empecé a envidiar el movimiento y a desearte. Pero tú olvidaste la obra de tus manos y la diosa olvidó su bondad. Por eso mis días están llenos de espacios vacíos que

llenan de vez en cuando unas mujeres de blanco. Me acicalan con pañuelos y creen que nada siento, y, aunque es verdad, no puedo evitar el disgusto. No me acostumbro a sentirme objeto. Ojalá ese intruso perfectamente natural penetrara las rendijas de la piedra que antes fuera carne y se acomodara dentro. Ruego a los dioses que algún día logre su propósito y sepulten mis anhelos. La leyenda de este nombre me persigue, pero me atormenta la idea de que esta vez el destino no tendrá para ella un final feliz.

Esta conciencia sin vida no me sirve de consuelo ni de día ni de noche. Algunas veces, cobijado por Nix, Epialtes visita mi alma con tu rostro y me pregunta: «¿Qué es lo quieres?». Y yo le respondo torpemente una y otra vez y de tantas formas lo mismo. Siempre le respondo con ese deseo que conoces bien. Al cabo de varias horas que parecen años, en las que imperan esta pregunta y su crueldad, finalmente sonrío y señalo al cielo. Sus pupilas de un verde insano, luego de un giro repugnante, me miran fijamente, mientras el cuerpo pequeño y la cara burlona van desapareciendo. Hécate deja escapar la luz que se filtra por las nubes y todo se acaba. Una especie de rabia y melancolía me consumen al saber que aún no soy un mito y que esta época tan distante de los tiempos paganos, continúa siendo para mí una tortura.

Sin embargo, en medio de tanta angustia los espíritus han susurrado: «Él vendrá a visitarte». Al recordar esto, sonrió con el pensamiento y me pregunto: «¿Para qué vendrás?».

Por fin, con esta interrogante, Galatea se ha quedado muda y anestesiada dentro de sí. Ese mal que los hombres llaman esperanza la ha llevado lejos hacia mundos en donde ni yo puedo escucharla.

La puerta se abre. Esta vez no la visitan las pesadillas, pues yo estoy aquí, pero un hombre diminuto y de ojos verdes entra con la muerte a sus espaldas. Se le ve pensativo y miserable. Una enfermera le acompaña. Ella porta una jeringa en su mano y se acerca a Galatea sin ninguna expresión en el rostro e inmediatamente, cuando está lo suficientemente cerca, la hunde en el cuerpo de la joven bajo las sábanas. El hombre respira con alivio. Ella no regresará nunca y tampoco sabrá nada. Es mejor así, pensé, y con tristeza me quedé velando hasta el amanecer.

Para mi sorpresa, cuando de las montañas empezó a salir con más fuerza el fuego que todo lo ilumina, una mano se posó con amabilidad sobre mi cabeza y despeinó cariñosa y suavemente mi pelaje oscuro. Yo le respondí con un débil ronroneo y después de esto ya no supe ni sentí nada más de ese mundo. Mas lo último que vi antes de partir me intriga todavía. Aquel hombre continuaba después de varias horas dentro de la habitación. Se le veía todavía pensativo, diminuto y miserable, al pie de la cama de hospital en donde reposaba ya sin alma la figura de aquella paciente olvidada, la figura de Galatea.